

Salmos diarios, Ciclo I, Año Impar. Explicados

VI Semana del Tiempo Ordinario

Miércoles

Salmo 115

Daré gracias al señor toda mi vida. La eucaristía es, por excelencia, el mejor modo de dar gracias a Dios por los innumerables beneficios que Dios prodiga en nuestra vida continuamente; pero sobre todo desde la contemplación del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, hemos de sentir el deber de hacer propio el canto de alabanza y acción de gracias del Apóstol: "Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo". (Ef 1, 3-5.9-10)

En efecto, por el Hijo, Aquél por quien todo fue hecho, hemos recibido el don de la vida humana y hemos sido invitados a participar de la vida y comunión de Dios, por toda la eternidad. Por Él soy persona humana. Por el Hijo, Aquél que por nosotros se encarnó, murió en la Cruz y resucitó, soy cristiano, pues al comunicarnos el Don del Espíritu Santo por el Bautismo ha hecho de nosotros nuevas criaturas, partícipes de su misma vida divina. Por este mismo Don he llegado a ser hijo en el Hijo, pudiendo exclamar con confianza "¡Abbá, Padre!", y pudiendo rezar en comunión con todos los que son de Cristo: "¡Padre nuestro!".

Por el Hijo, Aquél por quien "nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas", podemos esperar finalmente la vida eterna. Así pues, al contemplar tantos y tan enormes dones y beneficios que Dios nos ha otorgado en su querido Hijo, ¿cómo no hemos de dar gracias al Padre por Jesucristo, en quien todos hemos recibido "gracia sobre gracia", alcanzando finalmente la reconciliación con Él para ser hechos partícipes de la naturaleza divina? No podemos pensar y tomar otra resolución, que la que hemos dado al responder al salmo: *Daré gracias al señor toda mi vida.*

La mejor y en realidad única manera en que podemos corresponder adecuadamente a los beneficios recibidos por la benevolencia de Dios es pronunciado un 'sí', un 'hágase en mí según tu Plan', es decir, respondiendo al Don y cooperando con su gracia para darle a nuestra vida el sentido hermoso y pleno que Él dentro de sus amorosos designios ha querido que tuviera. Sí, como decía San Ireneo, la gloria de Dios es la vida del hombre, ipero una vida plena, feliz!

Por tanto, la mejor manera de dar gracias al Padre es esforzándonos por ser verdaderamente lo que estamos llamados a ser, desplegando la vida nueva que por el Don de su Espíritu Él nos ha dado en su querido Hijo, participando de Su santidad mediante nuestra progresiva conformación con el Señor Jesús, el Hijo de Santa María. Entonces toda nuestra vida se transformará en una ininterrumpida acción de gracias y cántico de alabanza al Padre, una acción de gracias que se traduce en la incesante esfuerzo por ser fiel a Dios y a los compromisos adquiridos ante Él, así como en el anuncio gozoso de las maravillas que Él ha obrado en la historia de la humanidad y en mi historia personal.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)